

“Del momento. El culto a los hombres”.

El Diario, 22 de julio de 1923, p. 10.

Si Carlyle viviera, a ciertas circunstancias políticas mundiales, las consideraría comprobación de su célebre frase: “la historia de los pueblos, es la historia de sus grandes hombres”.

En varios países europeos, las muchedumbres parecen rendirse ante la superioridad de un hombre o ante el destacado relieve que ellas mismas otorgan, al hombre que realiza en su oratoria o en su acción sus eternas aspiraciones fundamentales...

Durante la guerra, las masas se disciplinaron en la obediencia y ahora en la paz siguen ciegas a los hombres-ídolos, sobre todo cuando tienen algo, aunque sea solo la cara, de grandes capitanes.

Rusia marcha inconsciente, asida con desesperación de náufrago a la mano afiebrada de Lenine, que la lleva a su completa liquidación con los ojos puestos en una sociedad ideal.

Inglaterra, como Diógenes, anda buscando a un hombre. Lo busca entre su niebla y sin linterna. La luz mortecina que irradia Baldwin, se pierde en los intensos rayos hirientes que desde Lausana envía la Media Luna. Francia espera y no olvida... Ella no cree que el borrar cuartillas desgaste las garras de su “tigre”.

En tanto Italia, cura sus males, se agiganta en un creciente desenvolvimiento múltiple, siendo sumisa a Mussolini, ese extraordinario fascista, símbolo del dinamismo realizador, que tiene la irresistible pujanza de acción y la fortaleza de voluntad de los hombres, que hacen de su vida un período brillante de la historia de un pueblo.

Pero hay en ciertos ambientes sociales contemporáneos, otros aspectos del culto a los héroes, que encierran en su faz negativa una confirmación de que todavía existe en el alma de las multitudes, el sentimiento que inmortalizara al filósofo escocés. No solo se admira al genio realizador, sino que empieza a cundir la duda sobre la eficacia de la labor colectiva. Ayer se votó en Italia la reforma electoral propiciada por el fascismo y con el éxito clamoroso de Mussolini, cayó sacrificada una conquista popular: la representación proporcional.

El pueblo se confiesa incapaz de gobernar. Y esa idea antigua, se extiende por el mundo, como una nueva verdad.